

Pero esto no es posible, porque el nuevo Testamento que hoy corre es el mismo que citan estos primeros escritores de la Iglesia, como lo evidencia la multitud de textos que citan en sus obras. La perfecta conformidad de unos y otros demuestra que los libros santos han sido los mismos en todo tiempo.

Por otra parte; para acreditar esta alteracion, seria menester suponer un motivo, un interes; y aun esto no bastaria, porque no siempre el interes prueba el hecho. Seria pues necesario decir positivamente: Ve aquí lo que al principio no estaba en vuestras Escrituras, y lo que se ha añadido despues; ve aquí lo que se leía antes, y ha sido borrado por vuestros padres. Esto seria natural si fuera cierto; pero jamás la incredulidad ha dicho nada de esto. Ella se permite todas las sospechas; pero no se cree obligada á probar ninguna; de modo que para confundirla es menester combatir tanto lo que dice como lo que calla, y demostrar la imposibilidad mas que las pruebas de los hechos.

Digamos pues que hombres que veneraban los escritos de los apóstoles y de los evangelistas como palabra de Dios, y que habian aprendido en ellos el odio de toda mentira, y el amor de toda verdad; que hombres que renunciaban á todos los bienes de la tierra por seguirla, y sacrificar hasta su vida por defenderla, no eran capaces de impostura tan sacrilega; y añadamos que no se observa en los libros santos nada que sobre ó falte para servir de fundamento á tan temeraria imputacion.

Si hubiera podido haber falsarios, hubieran suprimido lo que puede ofender á los espíritus soberbios, ó lo que hace estremecer á la naturaleza corrompida; pero estos libros estan llenos de misterios incomprensibles que confunden á la razon humana, de preceptos ásperos y severos que combaten todos los vicios y refrenan todas las pasiones. ¿Qué es tambien lo que se pudiera haber añadido? ¿los milagros de Jesucrito? pero, estos milagros no se pueden dudar, pues eran los que hacian las conversiones, y los que multiplicaron los Cristianos. Es claro que no era menester añadirlos, pues es necesario suponerlos; y se deberia concluir que todos los libros por entero son falsos, y abrir la puerta á todos los absurdos que hemos dicho, porque los milagros son la basa de los libros. La doctrina de las costumbres y la fe de los misterios se apoyan sobre ellos; y si la suposicion entera de las Escrituras parece imposible, la adición fraudulenta de los milagros no debe parecerlo menos.

La incredulidad se deleita cuando dice que las versiones no son conformes, y que desde los tiempos mas antiguos se disputó en la Iglesia sobre la autenticidad de algunas de las obras que hoy hacen parte de los libros canónicos. Pero, ¡qué vana es esta satisfaccion! En cuanto al primer improprio muchos no dificultan convenir en que, por inadvertencia de los copistas, se han podido introducir en la serie de los siglos algunas ligeras diferencias en cosas de poca importancia en algun lugar de las versiones ó copias; pero es indubitable que en todas ellas se ve la misma moral, las

mismas profecías, las mismas promesas, y los mismos hechos de la historia; que de todos los manuscritos, de todas las traducciones y de todos los libros, se saca la misma doctrina, la misma legislación, la misma fe; que todos sin excepcion nos representan á Jesucristo haciendo milagros, predicando la misma doctrina nueva y sublime, juntando sus ovejas, formando su Iglesia, muriendo en medio de dolores é ignominias, resucitando por su propio poder, enviando á los apóstoles á predicar en toda la tierra, ascendiendo á los cielos, y enviando desde ellos su Espíritu á la Iglesia, que entonces comenzaba.

Tambien es seguro que todos refieren uniformemente la predicacion y los trabajos de los apóstoles, las conversiones que hacian, la ruina de la idolatría, el establecimiento de la fe en Jesucristo, la doctrina de la justicia cristiana, su origen, su excelencia y su caracter; que todos anuncian un Dios criador, un Jesucristo redentor, un Espíritu santificador, el mismo bautismo, el mismo sacrificio, el mismo término, el mismo camino para no incurrir en los mismos suplicios reservados á los delitos, y obtener las mismas recompensas preparadas á la virtud. Ve aquí lo esencial; esto es el fundamento y la sustancia de todo; y yo quisiera preguntar, ¿qué mas podíamos pedir á la Providencia para estar seguros de que estos sagrados monumentos nos vienen de su mano, y que los tenemos en toda su integridad?

Es verdad que alguna parte de las Escrituras pareció

un tiempo dudosa á algunas iglesias particulares; pero, ¿qué importa esto á nuestra fe? Si alguna iglesia dudó algun tiempo de la autenticidad de alguno de los libros santos, esto no prueba sino el cuidado y examen que ponian todos para recibirlos. No se atrevían á decirse por sí mismos; pero al instante que la Iglesia universal declaraba que era obra de los apóstoles, todos se sometían, y los reconocían. Por otra parte basta el verlos para reconocer que esos libros que fueron dudosos no contienen nada nuevo, nada contrario á lo que se hallaba ya en los otros libros que de todo tiempo estaban reconocidos por indubitables.

Queda pues probado con evidencia que el nuevo Testamento es obra de los apóstoles y evangelistas, y que hoy le tenemos tal como salió de sus manos. Por consiguiente nos queda por examinar si estos libros son verdaderos, y merecen nuestra confianza: para aclarar esta duda dejo aparte todos los títulos que tienen para ser tenidos por inspirados, y no quiero, para apreciarlos, valerme de otras reglas que aquellas de que la critica humana se sirve para estimar el valor de los escritos, y el crédito que se debe á sus autores. Y sin seguir mas que estos principios, probaré que no hay libro en el mundo que merezca mas confianza que los evangelios.

Estos libros no son como la mayor parte de los otros, no refieren sus autores las invenciones de su propio espíritu, no hacen narracion de hechos pasados en otro tiempo ó lejos de ellos. Solo cuentan sucesos de que

fueron testigos oculares, y las mas veces principales instrumentos; en una palabra, hechos que vieron ó que hicieron ellos mismos. Por otra parte en estos escritos manifiestan una razon sana, un juicio profundo, una cordura consumada. ¿Qué mas es menester para que merezcan crédito? La reunion de todas estas circunstancias aleja toda idea de error ó de ilusion.

Supuesto pues que no pudieron engañarse, veamos si es de temer que quisieran engañar. Pero yo veo que estos autores no han trabajado de concierto, que no han escrito ni en el mismo tiempo, ni en el mismo lugar; y que á pesar de esto estan perfectamente conformes en lo sustancial, tanto en la doctrina que esponen, como en los hechos que refieren. Es cierto que en las cosas indiferentes se les observan algunas ligeras diferencias; pero esto mismo es una nueva prueba de que sobre los objetos importantes solo los ha reunido la misma verdad.

Ellos confiesan su ignorancia, su flaqueza y sus faltas con tan ingenua sencillez, que persuaden y edifican. Se dan por lo que son, esto es por pobres pescadores que no conocian mas que su barca y sus redes antes de su vocacion al apostolado. No ignoran que el orgullo es el vicio mas contrario al espíritu del evangelio, y con todo no ocultan el deseo que tuvieron de distinciones y preferencias, sin disimular que hasta los últimos momentos de la vida de Jesucristo, la ambicion y los zelos produjeron entre ellos disputas y murmuraciones.

Confiesan que todos habian prometido á Jesucristo

seguirle hasta la muerte, y que una fuga cobarde y vergonzosa fue la resulta y el castigo de su presuncion. Cuando refieren las tres veces que uno de ellos le negó, no omiten nada de lo que puede hacer mas grave su cobardia y su desvio. ¿Y porqué tanta sinceridad, tanta humildad? ¿era necesario publicar tantas y tan vergonzosas faltas? ¿no hubiera sido mas útil á la propagacion del evangelio esconder las miserias de los que debian predicarle? Así hubiera pensado la prudencia humana; hubiera creído que era mas prudente esconder en el silencio faltas y flaquezas, cuya noticia podía desacreditar á sus apóstoles, y servir de obstáculo á los progresos de la religion; pero no pensó así el Espíritu divino.

Lo que acaba de imprimir al testimonio de los apóstoles el último caracter de verdad es el valor y la constancia con que sufrieron la muerte por sostenerla. Se puede concebir que un hombre se deje seducir, y se arraigue en su error, cuando se trata de sostener dogmas abstrusos, ó máximas especulativas. La educacion, los ejemplos y sus propias reflexiones pueden formarle opiniones fuertes, y darle á su alma sentimientos profundos; el temor de Dios puede añadirles una fuerza nueva, con la aplicacion de este principio general, que todo debe sacrificarse á las ideas puras de la religion; y entonces no es extraño que con mas zelo que ilustracion sea uno víctima de su error.

Pero, ¿cómo se podrá concebir que haya muchos seductores que, sin interes ni motivo, se propongan hacer adoptar no una opinion que tienen, sino

hacer creer un hecho que ellos tendrían por falso? ¿que para esto se espongan á todo el rigor de los tormentos, á los horrores del suplicio, á los remordimientos de su conciencia, y á los castigos de Dios? ¿y todo esto sin esperar nada por obstinacion tan loca, antes si con la certidumbre de ser condenados por la eterna verdad á quien ofenden? Esto sería una especie de delirio que no cabe en lo natural; la historia no presenta ejemplo alguno. Y pues los apóstoles lo sufrieron todo, y sacrificaron su vida por atestiguar hechos públicos y palpables que habían visto, y sobre cuya existencia no se podían engañar, ¿quién puede dudar de su verdad? El que dudare no busque este error en su entendimiento sino en su voluntad.

Esto es lo que pudiéramos discurrir hablando humanamente; pero, ¿qué será si consideramos que estos libros son divinos, y que sus autores fueron inspirados? ¿y cómo dudarle, si es verdad, como hemos probado, que son los mismos que los apóstoles escribieron? ¿Qué nos dicen en ellos? Que Jesucristo les prometió una luz sobrenatural, una revelacion inmediata que los dirigiria en la publicacion de su doctrina. Ve aquí sus palabras (1): » El Consolador ó el Espíritu Santo, » que mi Padre os enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os hará acordar de cuanto os he » dicho... Cuando el Espíritu de verdad venga os » enseñará toda la verdad; porque no hablará por sí » mismo, sino que os dirá lo que ha oído, y os anunciará las cosas futuras ».

(1) Joan., XLV., 26.

No puede ser mas clara ni mas general la promesa de la inspiracion; y los mismos apóstoles y evangelistas que aseguran haberla recibido, añaden que ya estaba exactamente cumplida; y por esto á cada paso nos repiten que no son mas que los órganos y los intérpretes del Espíritu Santo, que Jesucristo habla por su boca, que el que desprecia sus palabras desprecia á Dios con cuyo espíritu se esplican. Y el grande apóstol dice á los de Tesalónica (1): Que no se han engañado en oír sus discursos con el mismo respeto que si fueran la palabra de Dios, porque era en efecto su palabra: *Non ut verbum hominum, sed, sicut est verè, verbum Dei.*

Es pues evidente que los apóstoles decían que hablaban y escribían inspirados por Dios; y lo singular es que no solo lo decían, sino que lo probaban. ¿Y cómo? Haciendo milagros. Con una palabra sola en nombre de Jesus curaban todas las enfermedades, sanaban los cojos de nacimiento, mandaban á los paráliticos que marchasen, y su palabra poderosa obtenia todo lo que ordenaba. Hasta la muerte respecta en ellos el imperio absoluto de aquel que se llamó *Resurreccion y Vida*. Penetran los mas ocultos rincones de la conciencia, y el rayo no es mas rápido que la muerte con que castigan la hipocresía y la mentira. Y estos prodigios eran tan públicos y tan frecuentes, que los Gentiles los creyeron dioses, y quisieron ofrecerles sacrificios. Esto era demasiado;

(1) 1. Thessal., 11 y 13.

pero á lo menos no se puede dejar de creer lo que dicen hombres que hacen estas cosas.

¿Y qué decían? Que todo lo que hacían no lo hacían por su propia virtud, sino por la de Jesucristo; que si ahuyentaban los demonios, si curaban los enfermos, si resucitaban los muertos, y si comunicaban á otros los dones del Espíritu Santo, era únicamente en nombre del Crucificado, y con el fin de persuadir al mundo que Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres, y que la religion cristiana es la verdadera. Los apóstoles pues estaban persuadidos ellos mismos. ¿Y quién pudo persuadirles sino el mismo Jesucristo? ¿y cómo no se hubieran persuadido, habiendo contemplado con sus ojos el grande espectáculo de su poder, de sus virtudes y de su doctrina?

Toda la vida pública de Jesucristo desde el principio de su ministerio hasta la consumacion de su sacrificio fue una serie continua de milagros. El hombre Dios disponía de la naturaleza como que era su árbitro soberano. Daba vista á los ciegos, agilidad á los impedidos, y salud á los enfermos: al imperio de su voz los muertos salían del sepulcro, y abrían otra vez los ojos á la luz. Mandaba á los vientos y á las tempestades; el mar igualmente sometido le obedecía. Entre sus manos omnipotentes pocos panes se multiplican de manera que exceden lo que necesita el inmenso pueblo que le sigue. En fin no fuera posible hacer toda la enumeracion de sus milagros. Pero detengámonos á considerar algunos para sacar las mismas consecuencias que sacó Jesucristo.

El de la multiplicacion de los panes anuncia manifiestamente al Criador de todo. El que con tan poco pan satisface á cinco mil hombres es el mismo que con la misma bondad y el mismo poder satisface todos los años á cuantos viven en la tierra, dando fecundidad á las semillas. Este prodigio nos sorprende menos, porque es mas ordinario; pero, dejando aparte estas reflexiones, me detengo mas en aquel milagro, porque, si es cierto, él me descubre grandes consecuencias.

Es imposible dudar de su verdad, ni cabe en él sospecha de impostura ni de ilusion. La relacion que hace el evangelio es natural y sencilla, y no puede admitir engaño, pues se hizo á la vista y en favor de una muchedumbre inmensa. Los apóstoles sabían bien el pan que habia, y no pudieron dudar de su aumento; pues por sus manos le repartían en el pueblo. Y yo digo que si este milagro es verdadero, se sigue que Jesucristo es Hijo de Dios, y era el Mesías; porque el mismo Jesucristo al tiempo de hacerle dijo que él era el pan de vida, el pan venido del cielo, que da vida al mundo; y el que cree en él tendrá la vida eterna. Pues que dijo estas palabras haciendo aquel milagro, es necesario creerlas.

Jesucristo da vista á un ciego de nacimiento (1). El prodigio fue tan público como innegable. Los esfuerzos que hicieron sus enemigos para oscurecer su evidencia y debilitar la impresion, contribuyeron á

(1) Joan., ix, 1.

darle mas notoriedad y certidumbre. ¿Cuál fue el motivo de esta obra divina? El evangelio nos lo dice: Hacer ver á los hombres que Jesucristo era el Hijo de Dios, excitarlos á creer sus discursos y adorarlos. Pues no se puede dudar del milagro, tampoco se puede dudar de sus consecuencias.

¿Y quién podrá rehusarle sus adoraciones y su fe, si considera todas las circunstancias de la resurreccion de Lázaro (1)? Jesucristo estaba ausente cuando se le dió noticia de su enfermedad, y al instante declara que Dios no lo ha permitido sino para manifestar su gloria, y probar la mision de su Mesías. Lázaro muere, y habia cuatro dias que estaba ya enterrado. Su muerte es pública hasta en Jerusalem, pues muchos habian venido de allí á consolar á sus dos hermanas. Despues llega Jesucristo, y desde luego anuncia con magestad que él mismo es la resurreccion y la vida. Exige que Marta le reconozca por Hijo de Dios vivo, y le asegura que su hermano resucitará no solo en el último dia, sino de allí á pocos momentos.

Despues de esto se acerca al sepulcro acompañado, no solo de las dos hermanas del difunto, sino de otros muchos Judíos que habian traído las circunstancias. Manda que se levante la piedra; da gracias á su Padre de que siempre le oye favorable; le pide que le oiga tambien en aquel caso, para instruccion del pueblo que lo mira; y llamando á Lázaro con aquella poderosa voz con que otra vez hizo salir al universo de la nada,

vuelve

(1) Joan., xi, 1.

vuelve á la vida y á la luz un cadaver que la muerte y la putrefaccion tenian ya desfigurado.

Todas las circunstancias de este hecho manifiestan su publicidad, pues pasó en presencia de tantos testigos. Así no pudieron ignorarle los sacerdotes y los fariseos; y los evangelistas añaden que, no pudiendo oscurecer su notoriedad ni soportar su efecto, se determinaron á hacer morir á Jesucristo. Tambien añaden que el deseo de ver al resucitado Lázaro hizo venir muchos Judíos de Jerusalem á Betania, y que esta curiosidad, que dió motivo á la conversion de muchos, sirvió tambien para irritar á los sacerdotes contra Lázaro. Ultimamente dicen que este milagro contribuyó mucho á las aclamaciones con que pocos dias despues fue Jesus recibido en Jerusalem.

Ahora pregunto, si todos estos hechos son falsos, ¿cómo los apóstoles y evangelistas se atrevieron á escribirlos y publicarlos? ¿cómo los han escrito con tanta simplicidad; y porqué los describen tan por menor, y con tantas circunstancias? ¿cómo osaron citar como testigos tanto número de personas vivas? y sobre todo, ¿cómo pudieron esperar que fuesen sus cómplices los mismos que tenian tanto interes en desmentirlos? Porque observamos que no solo los indiferentes y los simples, sino los mayores enemigos de Jesucristo atestiguaban sus milagros.

Es verdad que para destruir su efecto calumniaban el principio. Decian que los hacia en nombre de Bercebú; con una contradiccion tan ridícula, que afirmaban que arrojaba á los demonios con la virtud

de su príncipe, como si este le sirviera contra sí mismo. Le improperaban que si daba vista á los ciegos, y sanaba á los paralíticos, era profanando el santo día del Sábado; pero estos recursos necios, que no podían tener otra causa que el odio y la envidia, eran una confesion manifiesta de que no podían negar lo que todos veían, y con ellos certificaban la verdad de los hechos. Su malignidad les daba un grado mas alto de certeza.

Los Judíos mas enemigos de Jesucristo se vieron tan convencidos de sus operaciones milagrosas, que esta tradicion se ha conservado en su posteridad, y hoy mismo se hallan vestigios de ella en sus antiguos monumentos. En el Talmud, al capítulo XII, dicen que Jesucristo debía este poder á la magia, que había aprendido en Egipto, y al secreto que sabia de pronunciar bien el nombre de *Iehová*. Nosotros no necesitamos de los Judíos para saber con que virtud hacia los milagros; pero estas ridículas salidas prueban que no podían negarlos, y esto nos basta.

Tampoco los Gentiles se atrevieron á negarlos. Celso, que atacó la religion con tanta malignidad y saña, no los negó jamas. Juliano nunca los puso en duda, y solo procuraba disminuirlos, dándoles el nombre de prestigios: confesaba que había curado cojos y ciegos, que había ahuyentado los demonios; pero no le parecía que estas fuesen grandes obras ni dignas de memoria. Y si estos implacables enemigos del cristianismo, que estaban mas cerca de los sucesos, no se atrevieron á chocar contra una tradicion tan

general y tan constante, ¿con qué osadía pretenden los incrédulos modernos estar mejor instruidos que ellos, y que su temeridad prevalezca contra diez y ocho siglos de respeto y de prescripcion?

Los incrédulos nos preguntan si estos milagros fueron ciertos, ¿cómo no se convirtieron todos los habitantes de Jerusalem y de la Judea? ¡Pero cuanto la incredulidad es injusta y ciega! No se espantan ellos de lo que falsamente creen, esto es, de que Jesucristo no haya hecho milagros, y de que sin ellos haya convertido muchos Judíos y gran número de naciones, y les parece imposible que con los milagros no hubiera convertido á todos los Judíos. Pero debieran advertir que los profetas vieron con mejor luz que la suya, pues predijeron que Israel vería grandes prodigios, y que no obstante su incredulidad seria casi general: de suerte que lejos de que la incredulidad de los Judíos sea prueba contra los milagros, nos prueba antes bien que Jesucristo es el Mesías; pues, cumpliéndose con ella las profecias, nos da doble prueba de su divina mision.

Por otra parte no es difícil de explicar el enigma. Los Judíos eran como son casi todos los hombres, que no se aplican ni se afanan por apurar lo que no interesa sus pasiones. La verdad por sí misma, cuando no la anima el interes, no les presenta un atractivo bastante poderoso para que la busquen como un bien á costa de muchos afanes. Sucederia lo que sucede de ordinario. Los unos que solo oyeron hablar de estos milagros, ó no los supieron bien, ó no

sacaron ninguna consecuencia, porque no se aplicaron á verificarlos. Otros pudieron estar mas informados, y quizá tambien mas conmovidos; pero esta impresion pasagera pudo borrarse por la mala disposicion de sus corazones. Creyeron mientras vieron, y desde que dejaron de ver no volvieron á pensar.

Los fariseos y doctores de la ley fueron los mas ciegos, porque eran los mas apasionados: forzados á confesar los milagros porque los veian, los atribuyeron al demonio. Muchos de los que siguieron á Jesus mientras vivia, no pudieron despues soportar el escándalo de la cruz. Esta ignorancia era tan contraria á las ideas y á las esperanzas de la multitud, que debió borrar ó esconder á sus ojos la memoria de sus primeras obras. Añadamos que los milagros no producen mas que espanto, sorpresa, y un efecto exterior y pasagero, cuando la gracia no llega á ablandar los corazones, cuando no vence su resistencia y la secreta aversion que tienen á toda verdad que mortifica los sentidos.

En fin, despues que Jesucristo habia dado tantas pruebas de su divinidad, dió la mayor con su resurreccion gloriosa, con la que se debieron borrar todas las impresiones que dejaron las aparentes bajezas de su muerte. Ya hemos visto que este grande suceso es la basa y fundamento de la religion cristiana; que él solo basta para demostrar lo que la precede y la sigue; que por esto Dios se ha dignado de darle tan alto grado de claridad y certidumbre, y que ninguno de los otros hechos, que pasan entre los hombres por

indubitables, ha sido tan probado, ni puede parecer tan seguro;

Que ninguno ha sido referido por tantos autores coetáneos, todos testigos oculares, dignos de fe, y dispuestos á firmar con su sangre lo que habian escrito; que el mayor número sufrió la muerte por sostener su testimonio; que ningún otro hecho ha podido dar menos lugar al engaño ó la ilusion; que ninguno necesitaba de tanto valor ni obligaba á tantos sacrificios para ser atestiguado; que ninguno ha podido estar tan conexo y dependiente de otros hechos indubitables; que ninguno ha sido tan creído por tantos pueblos y por tantos siglos; que ninguno ha mudado tanto el aspecto del mundo; y en fin que no hay otro en que sea tan visible, que solo las dudas interesadas y temerarias, solo las suposiciones arbitrarias y absurdas pueden atreverse á combatir su verdad.

Se ha echado en cara á los apóstoles y discipulos una credulidad ligera; pero su misma relacion los justifica. Ellos mismos confiesan que ya no esperaban la resurreccion de su maestro; que las ignominias de la cruz les habian borrado de la memoria sus predicciones, destruyendo las pocas esperanzas que tenian. Tan desconfiados estaban que no quisieron creer las primeras noticias; y cuando el mismo Jesucristo se apareció en medio de ellos, se figuraron ver una fantasma. Fue preciso que les dijera (1): « Ved

(1) *Luc*, xxiv, 39.



« mis pies y mis manos. Yo soy, tocadme, y considerad que un espíritu no tiene carne ni huesos ». Le veían, le tocaban, y apenas lo podían creer; en fin, para quitarles toda duda, les pide algún manjar, come delante de ellos y con ellos. Después les recuerda lo que les había dicho en vida. Era menester, les dice, que lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos, se cumpliera.

¿Qué pruebas más positivas y mayores podía darles Jesucristo de su vida y presencia? ¿quién podía imaginar que, después de su gloriosa resurrección, conservase las cicatrices de sus llagas, y que descendiera á experiencias que no parecen dignas de su inmortalidad y de su gloria? Pero todo esto era menester para que los apóstoles se asegurasen: apenas se rindieron á tantas pruebas, tal era su desconfianza.

Jesucristo no se contentó con darles estas pruebas ó demostraciones exteriores, también los iluminó interiormente: les comunicó la inteligencia de las Escrituras; les dió el encargo de predicar á todos los pueblos la penitencia y la remisión de los pecados; les prometió una fuerza sobrenatural para sostener el peso de tan elevado y difícil ministerio; les ordenó que fuesen á Galilea, y les nombró la montaña en que quería le viesen con todo su esplendor. Así estas apariciones no eran súbitas, no eran representaciones de imágenes, no eran mudas. Jesucristo les habla, les recuerda lo pasado, les da nuevas órdenes para lo por venir, en fin habla con ellos como cuando estaba vivo.

Y pues los discípulos en número de más de quinientos fueron á Galilea en obediencia de sus órdenes, y volvieron de allí contando lo que había pasado, y más persuadidos que antes de la resurrección de Jesucristo, ¿cómo es posible dudar que sus apariciones fueron ciertas, que sus órdenes fueron positivas, y que su resurrección es incontestable? Si en un hecho en que los más estúpidos no son capaces de ilusión, pueden bastar las simples sospechas ó las dudas voluntarias para recusar la deposición de quinientos testigos, y acusarlos á todos de la misma alucinación, ¿dónde se hallaría la certidumbre histórica? Sería menester abrir las puertas al más insensato pirronismo.

¡Ay, señor! cuanto más se examinan los historiadores sagrados, tanto más seguros parecen los hechos que refieren, y el de la resurrección se hace más indubitable. San Lucas en sus actos lo comprendía en poco: solo dice que Jesucristo se apareció con frecuencia á sus apóstoles después de su muerte, y que les hizo ver con muchas pruebas que estaba vivo, apareciéndoseles por espacio de cuarenta días, y hablándoles del reino de Dios.

¿Cuántas cosas están encerradas en estas cortas palabras! Las apariciones son muchas, diferentes y continuadas por cuarenta días. No son, como hemos dicho, rápidas ni mudas, sino acompañadas de largos discursos, de instrucciones relativas á la Iglesia de que los apóstoles eran pontífices, á los sacramentos de que eran ministros, á las verdades eternas de que debían ser los primeros predicadores, y en fin á la

gerarquía y disciplina del nuevo reino que Jesucristo iba á fundar sobre la tierra.

De modo que aquí no hay solamente unas manos que tocan la carne, unos oídos que oyen la voz, unos ojos que ven y se aseguran de la presencia del cuerpo resucitado; hay reunida con todo esto una asombrosa interpretación de las profecías mas sublimes, una luz que ilumina las Escrituras mas oscuras, una manifestación completa del plan general de la Iglesia, de esta Iglesia que debía empezar en Jerusalem, recibir despues en su seno todas las naciones, y, á pesar de las persecuciones y heregias, mantenerse firme hasta el fin de los siglos. Ahora pues, si los apóstoles no han creído la resurrección sino despues de tantas pruebas y prodigios, ¿quién se atreverá á llamarlos crédulos? Pero, ¿cómo se podrán llamar aquellos que despues de tantas y tan convincentes pruebas se obstinan en no creerla?

¿Cómo podremos llamar á otros que piensan que los apóstoles mismos no la creyeron? Que nos digan, ¿cómo ó porqué se empeñaron en persuadirlo al mundo? ¿Les parece verosímil que todos, y con ellos los demas discípulos, se atreviesen á fraguar una mentira tan peligrosa como delincuente? ¿que ninguno de ellos se opusiese? ¿que ninguno previese las terribles consecuencias? ¿que el temor de Dios ó de los hombres no atajase á ninguno? ¿que ninguno sintiese la locura de aventurarlo todo por nada? ¿que á nadie detuviese la manifiesta imposibilidad del logro? ¿que ninguno se separase de esta inicua sociedad

de malvados que aspiraban á inventar una religion, fundándola sobre la impostura y el perjurio? ¿y que en fin ninguno se haya desmentido jamas estimulado por la conciencia y el temor?

Pero, ¿quiénes son estos hombres á quienes se atribuye esta ciega y tenaz perfidia? Los discípulos de un maestro que les habia enseñado á imitar el candor y la sinceridad de los niños; que les habia recomendado ser siempre verdaderos, y merecer esta reputación para no tener necesidad de usar de juramentos; de un maestro en fin que les habia advertido que darian cuenta á Dios hasta de una palabra ociosa.

Estos mismos hombres sufrieron las pruebas mas rudas. La persecución les duró hasta la muerte, y los mas de ellos la padecieron cruel y violenta. Con todo admiramos su valor, y nos parece que sufrían constantes sus tribulaciones; porque las sufrían por la justicia, y los sostenía el consuelo interior del Espiritu divino. Pero, si la resurrección no es verdadera, estos hombres no son mas que falsarios, dignos de eternos castigos por sus imposturas, y en este caso yo pido que se me expliquen los motivos de su constancia.

¡Qué! estos hombres saben que Jesucristo ha muerto, que no ha resucitado, que es un muerto como todos los otros, que por consiguiente no puede librarlos de sus perseguidores ni recompensarlos de sus sacrificios, que ya no pueden esperar nada de él, y no obstante se atreven á forjar y sostener que ha